

piruetas y sus saltos en el pasillo. Y luego, cuando se quedó Florencia dormida, soñando con las niñas rubias de enfrente, Diógenes empujó la puerta con las patas, entró en el cuarto, se echó en un almohadón, á lo largo, bajo una mesa, mirando de reojo á su ama, hasta que en fuerza de parpadear se durmió también, soñando, entre gruñidos apagados, con su enemigo imaginario.

CAPÍTULO XIX

WÁLTER SE MARCHA

El guardia marina de madera seguía en la puerta del óptico del modo más indiferente, sin corazón, sin importársele nada que Wálter estuviese preparando su viaje, sin conmoverse lo más mínimo aquel día, el último, que pasaba el joven con su tío y que ya concluía. Siempre con el anteojo fijo en el botón negro que le servía de ojo, siempre con rostro alegre, el guardia marina daba al aire los faldones de su casaca, y absorto en sus observaciones científicas no se preocupaba por cosas de la vida. Lo único que de este mundo parecía afectarle era el tiempo : un día seco le cubría de polvo : un día de niebla le llenaba de motitas de hollín : la lluvia ponía reluciente su uniforme y el sol le calcinaba. Pero, fuera de esto, era un guardia marina insensible, endurecido, infatuado, dado por completo á sus descubrimientos y sin estar inquieto por cuanto pasaba en torno suyo más que lo estuvo Arquímedes en el sitio de Siracusa.

Tal era, al menos, la actitud que parecía tener el guardia marina con respecto á los asuntos domésticos. Wálter le miraba muchas veces con interés, al pasar por debajo, al entrar ó salir. El pobre viejo

Sol, cuando Wálter no estaba, salía á la puerta, se apoyaba en el marco, su cabeza lo más cerca posible de las hebillas de los zapatos de aquel genio tutelar de su comercio y de su tienda. Pero no hubo nunca ídolo con boca abierta de oreja á oreja y cabeza coronada de plumas que revelase ante las evocaciones de sus adoradores una indiferencia tan grande como la que manifestaba el guardia marina para con aquellas muestras de adhesión.

Mucho era el sentimiento de Wálter al mirar en derredor de su cuarto, allí en el tejado junto á las chimeneas; una noche nada más le quedaba para despedirse de aquel cuarto, tal vez para siempre. Ya sin libros ni cuadros, parecía que las paredes le reprendían por su deserción y le consideraban como á extraño. « Dentro de unas horas — pensaba Wálter — no me quedará de esta habitación más que un recuerdo, no la veré más que como un sueño, como tantas cosas que en ella misma he soñado; sólo que estas cosas soñadas siempre seguirán siendo mías, mientras que la habitación tendrá otros amos, cada uno de los cuales será dueño de modificarla, no hacer caso de ella ó maltratarla. »

Pero no era cosa de dejar á su tío solo en la salita, abajo: el capitán Cuttle, no sin tacto en medio de su tosquedad, había comprendido que lo mejor sería dejar al tío y al sobrino solos aquel día, para que pudieran hablar sin testigos. Por esto Wálter apenas regresó de la oficina, por última vez, se apresuró á bajar donde estaba su tío.

— Tío; — exclamó alegremente poniendo la mano en el hombro del viejo, — ¿qué quiere usted que le mande de la Barbada?

— Esperanza, hijo, mucha esperanza de que nos

volvamos á ver antes de morirme. Enviame toda la que puedas.

— Así lo haré, tío: tengo tanta que podré remitir á usted sin economizar. En cuanto á tortugas vivas y á limas para el ponche del capitán Cuttle, dulces en conserva para usted, los domingos, de todo esto y de otras cosas más, no dejaré de enviar cargamentos... cuando sea rico.

El anciano se acomodó las gafas y sonrió.

— Muy bien, tío; — exclamó Wálter, muy contento, dándole al mismo tiempo unas palmaditas en el hombro; — usted me anima, ¡yo le animaré á usted! Mañana por la mañana, tío, estaremos contentos como unas golondrinas y volaremos alto. Ya ve usted que por anticipado he tomado yo vuelo.

— Sí, sí, Wálter; — repuso el anciano, — haré cuanto pueda.

— Y lo que usted puede, tío — dijo Wálter con su afable sonrisa, — es lo más eficaz que conozco. Por supuesto, no se olvidará usted de lo que tiene que enviarme, á mí...

— No, no se me olvidará, descuida. Te comunicaré todo lo que sepa de miss Dombey, ahora que está enteramente sola, ¡pobrecilla! Te lo escribiré. Lo único que temo es que no pudiendo informarme bastante tendré que ser muy sobrio de noticias.

— Diré á usted, tío; — añadió Wálter después de alguna vacilación, — es el caso que he ido yo allá hace un rato.

— Ya, ya; — murmuró el tío levantando las cejas y con las cejas los anteojos.

— Pero no para verla; — dijo Wálter, — aunque estoy seguro de que hubiera recibido mi visita si me hubiese anunciado, porque mister Dombey no está

en Londres. Pero no quería yo más que ver á Susana, decirla dos palabras, despedirme. Acordándome de nuestro último encuentro, me he atrevido.

— Sí, muchacho, sí — repuso su tío como si estuviese meditando algo.

— Por consiguiente — continuó Wálter, — he hablado con ella, con Susana, quiero decir, y la he dicho que me marcho mañana : que usted se ha interesado siempre mucho por miss Dombey, desde que estuvo aquí, y desea que continúe en buena salud y tenga toda suerte de felicidades, y que se complacerá en estar á sus órdenes si en algo pudiera serle útil. He creído que podía añadir esto último, dadas las circunstancias. ¿Qué le parece á usted?

— Sí, muchacho, sí; — repitió su tío en el mismo tono que antes.

— He dicho también — prosiguió Wálter — que si ella, esto es, Susana, tuviera la amabilidad de dar á usted alguna noticia acerca de miss Dombey, si está bien y es feliz, usted se lo agradecería mucho y yo también, puesto que usted me lo escribiría. Crea usted, querido tío, que apenas he podido pegar los ojos la noche última pensando en cómo daría este paso y que luego me ha costado mucho trabajo decidirme á hablar con Susana, pero, en fin, ya está hecho, y en verdad mi sentimiento habría sido irremediable si me hubiese marchado sin tener esta satisfacción.

El tono de sinceridad con que Wálter hablaba y la sencillez de sus maneras demostraban la ingenuidad de sus sentimientos.

— Así pues, — continuó el joven, — si usted la viese (y ahora me refiero á miss Dombey), y tal vez llegue usted á verla, ¿por qué no? dígame cuáles son los sentimientos que me animan, cuántas veces he

pensado en ella, de qué manera se me han saltado las lágrimas al hablar de ella la vispera del viaje: dígame que nunca olvidaré su gentileza, su hermosura y, lo que vale más aún, su bondad. Dígame usted que no me los llevo porque hayan sido de una señorita, sino porque han estado en los pies de una inocente niña : si se acuerda usted explíqueme que me los llevo... los zapatos que tantas veces se le cayeron de los pies aquel día : son para mí un recuerdo.

En aquel mismo instante salía por la puerta una maleta de Wálter, en la que iban los zapatos de Florencia. Un mozo estaba cargando el equipaje en un camión para llevarlo al muelle y embarcarlo en el *Hijo y Heredero*. El guardia marina contemplaba impasible cómo por bajo de él pasaba la maleta. Pero su impasibilidad respecto al tesoro en cuestión era muy excusable. En efecto, apenas se había puesto en movimiento el carro cuando dentro del radio de observación que el antejo del guardia marina dominaba, aparecieron Florencia y miss Nipper en persona ; Florencia, que con mezcla de curiosidad y timidez miraba al rostro del observador y recibía de lleno la mirada fija de su ojo de madera.

Más aún : ambas jóvenes entraron en la tienda, y de la tienda entraron á la sala sin que las viera nadie más que el guardia marina. Wálter, que estaba de espaldas á la puerta, no se hubiera enterado aún de aquella entrada á no ser por el salto que su tío dió levantándose de la silla para ir á caer en otra.

— ¿Qué es eso, tío? ¿Qué le ocurre? — preguntó Wálter.

— ¡Miss Dombey! — contestó Solomón.

— ¡Es posible! — exclamó su sobrino volviéndose para mirar á las recién llegadas.

Si, era tan posible y tan cierto, que, mientras Wálter estaba atónito, Florencia se fué al anciano, le puso las manos en las solapas y le besó. Luego tendió la mano á Wálter con aquella naturalidad y franqueza suyas, incomparables.

— ¿Se marcha usted, Wálter? — dijo Florencia.

— Sí, miss Dombey; — contestó el joven con voz que ya no era muy segura, — tengo que hacer un viaje.

— ¿Y su tío? — dijo Florencia mirando á Solomón. — Siente que usted se vaya, estoy segura ¡ Ah! sí: bien veo que lo siente, Wálter, y yo también lo siento.

— ¡ Bendito de Dios! — exclamó miss Nipper. — ¡ No hay poca gente que no hace aquí ninguna falta y que podría marcharse! Mistress Pipchin sería admirable para desempeñar ese empleo de vigilante. Y si se trata de atormentar á negros, ahí están los Bimber, que ¡ ni pintados!

Mientras decía esto se quitó miss Nipper el sombrero y, como si no hiciera nada, examinó un servicio de te que estaba encima de una mesa, encontró la tetera y se puso á hacer el te con la mayor tranquilidad, como si estuviera en su casa.

Entretanto Florencia se volvió hacia el óptico, que no acababa de serenarse, lleno de admiración y sorpresa.

— ¡ Cómo ha crecido! — decía el viejo Sol. — ¡ Qué bien está! Pero es la misma, siempre la misma...

— ¿ De veras? — exclamó Florencia.

— Sí, sí; — dijo el anciano restregándose lentamente las manos y á media voz, al mismo tiempo que contemplaba á la joven. — Sí: ya tenía la misma expresión cuando era niña.

— ¿ Se acuerda usted de mí? — dijo Florencia sonriéndose. — ¿ Se acuerda usted de lo pequeña que era entonces?

— ¡ Cómo olvidarlo! he pensado en usted con frecuencia y á menudo también se ha hablado de usted en esta casa. Por ejemplo, ahora, en el momento de entrar usted Wálter me encargaba que no me olvide de darle noticias de usted...

— ¡ Oh! gracias, muchas gracias, Wálter. Temía que se marchara usted sin despedirse. — Y otra vez le tendió la mano con tal muestra de afecto que Wálter la estrechó y retuvo largo rato.

Y sin embargo, no consideró esto Wálter como lo hubiera hecho en otros tiempos, no suscitó en él aquellos pensamientos, aquellos sueños que más de una vez habían conmovido su espíritu. La pureza y la inocencia de aquellas maneras afectuosas, aquella perfecta confianza, el no disimulado afecto que se leía en sus miradas y se dejaba ver en su rostro — sombreado más bien que esclarecido por una ligera sonrisa, — todo esto no tenía nada de romántico: recordaba mejor el lecho mortuorio de Pablo, el cariño que había tenido Florencia á su hermano, y aquellos recuerdos transportaban á ésta muy por encima de la fantasía, á una región más luminosa y más serena.

— Yo... yo no sé hasta qué punto me será lícito dar á usted el nombre de tío de Wálter, nada más; ¿ me lo permite usted? — preguntó Florencia al anciano.

— ¡ Permitírselo! Por Dios, ¿ cómo dice usted esto? — contestó el anciano.

— Es porque con este nombre le conocemos y así lo digo cuando hablo de usted; — añadió Florencia

mirando en derredor. — ¡Qué agradable salita! Siempre igual... Bien me acuerdo de ella.

El anciano miró á Florencia, después á su sobrino, se restregó las manos, limpió los cristales de sus gafas y dijo, como hablándose á sí mismo:

— ¡Oh, el tiempo, el tiempo!...

Hubo un corto silencio, durante el cual Susana Nipper sacó del aparador dos tazas más para incorporarlas al servicio de te, y se dispuso á echar éste.

— Voy á decir una cosa al tío de Wálter; — añadió Florencia, poniendo tímidamente la mano en el brazo de Solomón para llamarle la atención; una cosa que me tiene inquieta. Se va á quedar solo: por consiguiente, si quiere permitirme, no que ocupe en su afecto el sitio de Wálter, pues esto es imposible, pero si el lugar de una amiga sincera, y á este título acaso aliviar su soledad, se lo agradecería profundamente. ¿Puede ser así, tío de Wálter?

El óptico no contestó una palabra, pero cogió la mano de Florencia y la llevó á sus labios. Susana Nipper, que estaba con los brazos cruzados, sentada en una silla desde la que parecía ocupar la presidencia de aquella reunión, levantó los ojos al techo, conmovida.

— Me permitirá usted que venga á verle, siempre que pueda, y usted me contará todo lo que ocurra y lo que supiese de Wálter. Cuando yo no pueda venir vendrá Susana, y usted le dirá todo, como á mí: tendrá usted confianza en nosotras. Trataremos de acompañar á usted, ¿le parecerá bien, tío de Wálter?

El expresivo semblante de Florencia, su mirada suplicante, su voz suave y aquel discreto y respetuoso tacto de la mano con que se apoyaba en el brazo de Solomón, daban á la vivacidad de la joven una ex-

presión tan atrayente, que el anciano quiso responder algo que correspondiera á su emoción.

— Wálter, hijo mío, contesta tú por mí — dijo Sol. — Estoy agradecidísimo.

— No, Wálter; — añadió Florencia con sonrisa tranquila; no hable usted por su tío: yo le entiendo muy bien y además bueno es que vayamos acostumbrándonos á explicarnos entre nosotros, sin usted, Wálter.

El sentimiento que envolvían estas palabras últimas afectó á Wálter más que todo lo dicho por Florencia.

— Miss Florencia; — repuso Wálter haciendo esfuerzos por recobrar la expresión de contento con que hasta entonces había hablado con su tío, — yo no sé decir otra cosa, por mi parte, sino que estoy también agradecidísimo á usted; aunque pronunciara un discurso de una hora, ¿qué otra cosa lograría exponer sino que bien se revela usted, como quien es, en lo que dice?

Susana Nipper levantó la cabeza nuevamente al techo, como para aprobar aquellas palabras.

— Bueno, Wálter; — repuso Florencia: — ahora me toca dirigirme á usted porque también tengo algo que decirle, antes de que se vaya. Por de pronto, le suplico que me llame Florencia, nada más, y no me trate como á persona extraña.

— ¡Como á persona extraña! — contestó Wálter. — No; eso no podría hacerlo yo nunca. No hay tal cosa.

— No basta eso: ni es eso lo que yo quiero decir. Es que él le quería á usted mucho — y emocionada súbitamente por el recuerdo de su hermano, empezó á llorar Florencia, — y un momento

nos dijo que tuviéramos presente á Wálter. Ahora que ya no tengo hermano, ¿quiere usted serlo, quiere usted que sea yo su hermana por toda la vida? Donde quiera que estemos pensaré en usted como en un hermano. Esto es lo que yo quería decirle, Wálter; no sé decirlo de otro modo, porque mi corazón está lleno de pena.

Diciendo esto tendió ambas manos á Wálter, quien, al estrecharlas, acercándose al rostro de Florencia, humedeció sus propias mejillas en aquellas inocentes lágrimas. No volvió Florencia la cara, sino que levantó la vista, llena de confianza y sinceridad. En aquel momento desaparecieron enteramente de Wálter la agitación y las dudas pasadas. Le pareció que contestaba al llamamiento hecho por Pablo en su cándido lecho de muerte. Y en aquella solemne presencia se juró á sí mismo querer y proteger con fraternal afecto, á la hermana de Pablo, conservar en su corazón la imagen de Florencia, aquella reciproca fidelidad que Florencia le prometía.

Susana Nipper, que ya no podía contener su emoción, después de mirar repetidas veces al techo, optó por hablar, por romper el encanto y preguntar á quién servía el te, á quién ponía azúcar. Con esto fué llenando las tazas. Tomaron asiento los cuatro en tanto que la fragata *Tártara* parecía iluminada por la presencia de aquella juventud en la humilde salita.

Media hora antes de ningún modo se hubiera atrevido Wálter á llamar á Florencia familiarmente por su nombre. Pero ahora sí, puesto que ella se lo rogaba. Ya la veía sentada á su lado, sin sentir que hubiese venido, sin alterarse al considerar que algún día un hombre afortunado sería dueño de aquel corazón; él ocupaba ya en aquel corazón un sitio, prome-

tiéndose valerosamente hacerse digno de ocuparlo, ó, por lo menos, no ser menos digno de ello que en el instante lo era.

Alguna benéfica influencia había guiado el ánimo de Susana Nipper, inspirándola aquella idea de hacer te: encantadora era la calma que reinaba en el cuarto. Pero alguna influencia contraria se hacía sentir en el cronómetro de tío Salomón, para hacerlo caminar más de prisa que caminó jamás la *Tártara* llevando viento en popa. De todos modos, esperaba á Florencia y Susana un coche, parado en la esquina, y cuando el cronómetro, por casualidad consultado, manifestó positivamente su opinión de que el coche llevaba demasiado tiempo esperando, no hubo medio de poner en duda aquel testimonio de autoridad indiscutible. Aunque tío Solomón hubiera tenido que ir á la horca en hora por su cronómetro fijada, no hubiese admitido siquiera la posibilidad de que aquella máquina se adelantase ni aún en décimas de segundo.

Repitió Florencia lo que había dicho al anciano y obtuvo de éste la promesa de que cumpliría con fidelidad lo pactado. El tío de Wálter acompañó cariñosamente á Florencia hasta los pies del guardia marina de madera, y allí confió á Wálter la misión de proseguir el acompañamiento hasta el coche.

— Wálter, — dijo Florencia en el trayecto, — he tenido miedo de hacer á usted esta pregunta delante de su tío: ¿cree usted que estará ausente por mucho tiempo?

— No lo sé; — contestó Wálter, — no lo sé: esta es la verdad; pero me parece que sí; mister Dombey me lo dió á entender al nombrarme para el empleo.

— ¿Es favorable, Wálter? — preguntó Florencia

después de vacilar un momento y mirando al joven con inquietud.

— ¿El empleo?

— Sí.

Hubiera deseado Wálter dar una contestación afirmativa; pero antes de que desplegara los labios ya Florencia, que le miraba atentamente, adivinó la realidad.

— Mucho temo que no sea usted un predilecto de mi padre; — dijo Florencia.

— No hay razón para que lo sea; — repuso Wálter sonriendo.

— ¿No hay razón, Wálter?

— Eso no es una razón; — añadió Wálter comprendiendo á qué se refería Florencia. — Hay mucha gente empleada en la casa. Es grande la distancia que media entre tan elevada persona como mister Dombey y tan insignificante joven como yo. Cumpliendo con mi deber no hago absolutamente nada de más.

¿Tuvo Florencia algún presentimiento de que apenas se diera cuenta, algún presentimiento confuso, indefinido, surgido en su espíritu la noche de su entrada en el gabinete de su padre, respecto á la repulsión que éste manifestaba por ella, y pensó acaso que Wálter, por el solo hecho de tenerla cariño, se veía envuelto en aquella misma repulsión? ¿Acaso tuvo Wálter alguna idea análoga ó adivinó aquel presentimiento de Florencia? Ni uno ni otro lo insinuaron. Ni uno ni otro hablaron una palabra durante un momento. Susana, que iba al lado de Wálter, miraba á éste y á Florencia de una manera escrutadora: ciertamente, miss Nipper tenía iguales pensamientos que ambos jóvenes.

— Quizá vuelva usted pronto, Wálter; — dijo Florencia.

— Quizá también — contestó Wálter — vuelva hecho un viejo y encuentre á usted convertida en señora anciana. Tengo, sin embargo, más agradables esperanzas.

— Papá — dijo Florencia al cabo de un momento — se restablecerá de sus pesadumbres y acaso me hable de modo franco un día. Si así lo hace, le diré lo mucho que deseo el regreso de usted, y le pediré que le traslade por consideración á mí.

La voz de Florencia al hablar de su padre tenía una modulación tan sentida, que Wálter comprendió muy bien el estado de ánimo en que se encontraba la joven.

Cuando llegaron al carruaje, de buena gana se hubiera separado Wálter sin decir una palabra, pues entonces se dió cuenta de lo penoso que era despedirse; pero Florencia le dió la mano, desde dentro del coche. Wálter vió que la mano tenía un paquete.

— Wálter; — dijo Florencia mirando afectuosamente al joven. — Yo también espero mejores tiempos. Así lo pediré al cielo y Dios escuchará mi súplica. Hice una laborcita, que es ésta, para Pablo. Hágame usted el favor de aceptarla como recuerdo; pero no examine su contenido hasta encontrarse en marcha. ¡Y ahora, que Dios le guíe, Wálter! No me olvide: usted es mi hermano... ¡adiós! ¡adiós!

Afortunadamente, Susana Nipper se interpuso, pues sin esto hubiera notado Florencia la dolorosa impresión en que Wálter quedaba. Felizmente tampoco miró por la ventanilla Florencia; no hizo

más que sacar la mano y saludar con ella mientras pudo dejarse ver de Wálter.

No obstante la recomendación de Florencia, abrió el paquete Wálter aquella noche, antes de acostarse. Era un bolsillo, y dentro había dinero.

Apareció al siguiente día el sol, radiante á su vuelta de regiones lejanas. Con el sol se puso de pie Wálter para abrir la puerta al capitán, que estaba ya llamando. Venía más temprano de lo debido; pero era que para no tropezar con mistress Mac Stinger, había salido de su casa cuando esta señora aun dormía. Aparentaba el capitán encontrarse en la cúspide del buen humor. Traía en el bolsillo una gran lengua ahumada.

Cuando se sentaron á la mesa para desayunarse, el capitán dijo:

— Wálter, si tu tío es hombre á quien le importe mi estimación, tiene que destapar ahora su última botella de madera.

— No, no, Cuttle; ahora no. La destaparemos cuando regrese Wálter; — contestó el anciano.

— ¡Muy bien dicho! — exclamó el capitán.

— Está tumbada en la bodega cubierta de polvo y telarañas. ¡Quién sabe si también nosotros estaremos cubiertos de polvo y telarañas antes de que esta botella vea la luz!

— ¡Muy bien dicho! repitió el capitán. Apunta esto Wálter: poda bien la higuera si quieres que algún día te dé sombra. Busca, busca... no me acuerdo ahora dónde, pero, en fin, cuando lo halles, anótalo. Y siga usted Gills; le he interrumpido.

— Nada más que esto: ahí se está la botella y ahí se estará hasta que vuelva Wálter. Es cuanto tenía que decir.

— Muy bien dicho todo eso; — añadió el capitán; — y si no estamos nosotros tres juntos para destaparla, desde ahora doy á ustedes autorización para que se beban la parte que me corresponde.

Mucha parecía ser la jovialidad del capitán, pero, en verdad, no hacía mucho caso de la gran lengua ahumada: solamente si le miraban fingía un voraz apetito. Lo que sí tenía era un miedo terrible á quedarse á solas con el tío ó con el sobrino: para evitarlo practicaba extrañas maniobras: por ejemplo, si Solomón se levantaba para ir á su cuarto, corría el capitán á la puerta de la tienda para mirar un coche muy curioso — decía — sin dar explicación de por qué. Si Wálter era el que subía para despedirse de otros inquilinos de la casa, ya estaba el capitán en la calle contemplando salir el humo de alguna chimenea como inquieto de si sería fuego. Y se le figuraba al capitán que sus artificios eran inescrutables y no había quién los adivinase.

Volvió Wálter de sus visitas y cruzaba la tienda para entrar en la salita comedor cuando vió que desde la calle le miraba un rostro conocido. En seguida salió al encuentro de aquella persona.

— ¡Señor Carker! — exclamó Wálter estrechado la mano de John Carker. — Pase usted, entre... Le agradezco mucho que haya pensado en venir á decirme adiós... Bien sabe usted con cuánto gusto le estrecho la mano. Pase usted...

— Es lo más probable que no nos volvamos á ver nunca, Wálter — contestó John resistiéndose á aceptar la invitación. Me he decidido á hablarle, á darle la mano en estas circunstancias. ¡Ahora no tendré que rehuir su franca amistad, nunca ya, Wálter!

Dijo esto con una sonrisa melancólica, indicio de

que los testimonios de amistad, en otra ocasión dados por Wálter, habían dejado en su ánimo honda huella.

— ¡Ah, señor Carker! — repuso Wálter, — ¿por qué no quiso usted ser amigo mío? Estoy seguro de que sólo hubiera recibido de usted beneficios.

— Si algún bien pudiera hacer yo en esta vida — contestó John Carker — á usted lo haría. Verle á usted diariamente ha sido para mí un consuelo y un remordimiento á la vez. Pero la satisfacción ha superado á la pena. Lo conozco ahora, al poder apreciar lo que pierdo.

— Entre usted, señor Carker, para que conozca usted á mi tío; — insistió Wálter. Frecuentemente le he hablado de usted y de seguro tendrá mucho gusto en conocerle. — Y como Wálter advirtió cierta vacilación en Carker, añadió: — Por supuesto, no le he dicho nada de nuestra última conversación; puede usted estar seguro.

John Carker apretó la mano de Wálter al mismo tiempo que se le llenaban de lágrimas los ojos.

— Si alguna vez llego á hacer conocimiento con su tío — añadió Carker, — crea usted Wálter que será para pedirle noticias de usted: tenga usted la seguridad de que no abusaré de su tolerancia y consideración. Solicitar su confianza sin revelar antes la verdad, estaría mal hecho. No tengo más amigos ni conocidos que usted, y ni aun por complacer á usted me parece que podré tener otros.

— Mucho senti — dijo Wálter — que se negara usted á ser mi amigo cuando lo solicité de usted, señor Carker; siempre lo deseé y sigo deseándolo ahora, al tener que marcharme.

— Ha sido usted mi amigo; — contestó Carker, —

en el fondo de mi corazón no ha dejado usted de serlo nunca y, al contrario, cuanto más hacía por alejarme de usted, más arraigado sentía yo su afecto. ¡Adiós, Wálter!

— Adiós, señor Carker. La Providencia le proteja; — dijo Wálter emocionado.

— Si cuando usted vuelva — añadió Carker estrechando la mano de Wálter — no me ve usted en mi rincón de la oficina y alguien dice á usted donde estoy enterrado, vaya á mi sepultura un momento y piense que allí yace un hombre desgraciado, que pudo ser feliz como usted porque se parecía á usted antes de caer en su desventura. Acuérdesese de mí con piedad y misericordia: ¡Wálter, adiós!

John Carker se alejó inmediatamente como una sombra por la calle que iluminaba el sol, tan alegre y solemne en las mañanas de verano.

El inexorable cronómetro al fin previno que había llegado el instante en que Wálter tenía que volver la espalda al guardia marina de madera. Pusiéronse en camino Wálter, su tío y el capitán Cuttle, tomando un carruaje que los llevara hasta el muelle, donde se embarcarían en una lancha de vapor. Ésta les dejaría en un punto del río que el capitán pronunció de modo incomprensible para el oído de hombres de tierra. Cuando llegaron á aquel punto (el *Hijo y Heredero* estaba anclado allí desde la noche precedente), pasaron á bordo, conducidos por varios marineros, bulliciosos. Había entre éstos una especie de ciclope que, á pesar de no tener más que un ojo, vió al capitán Cuttler y le conoció á milla y media de distancia, poniéndose luego á hablar con él en un lenguaje de bramidos incomprensibles. Bajo el poder de este personaje de voz ronca y constitución velluda

como un oso, pasaron todos á bordo del *Hijo y Heredero*. En el barco la confusión era grandísima : velas arrugadas y como abandonadas sobre las tablas húmedas; cuerdas en que tropezaban y se enredaban cuantos corrian por la cubierta; hombres con elásticas rojas y descalzos; barricas á derecha é izquierda; por último, en lo más enmarañado del movimiento, un cocinero negro, en la cocina tan negra como él, entre montones de vegetales y cegado por el humo.

El capitán llamó aparte á Wálter, se lo llevó á un rincón y con gran esfuerzo sacó del bolsillo su famoso reloj de plata, el cual tan apretado se veía en la bolsa, que saltó al salir de ella como aro de tonel.

— Wálter; — dijo el capitán, ofreciéndole al mismo tiempo el reloj, — toma este regalito. Guárdalo como recuerdo de despedida. Ten cuidado de atrasarle quince minutos por la mañana, y después, por la tarde, otros quince. Con esto puedes tener en él completa confianza.

— ¡ De ninguna manera, capitán... No faltaba más! — contestó Wálter al mismo tiempo que sujetaba al capitán, pues éste iba á marcharse corriendo. — No, no; tome usted su reloj; yo tengo otro.

— Está bien. Entonces toma estas fruslerías — y diciendo esto sacó el capitán de otro bolsillo las dos cucharillas de café y las tenacillas de plata que á previsión llevaba.

— Tampoco, capitán; mil gracias... ¡ Ah! no, no las tire usted (porque el capitán iba á tirarlas por la borda). Eso no, guárdelas usted; comprenda usted que á mí no me sirven para nada, y á usted pueden servirle. Puesto que tanto desea usted obsequiarme con algo, ¡ ea! déme usted su bastón, hace tiempo

que me gusta. Y ¡ adiós! capitán Cuttle. Cuide usted de mi tío. ¡ Tío Sol! ¡ Adiós, adiós!

En medio de aquella confusión, y antes de que los volviera á ver Wálter, ya estaban su tío y el capitán Cuttle en la lancha. Wálter corrió á popa para verlos pasar; su tío parecía postrado; el capitán gesticulaba con el reloj en la mano. Cuando vió á Wálter, el capitán dejó caer al fondo de la barca lo que tenía en la mano, como si no le importase nada; se quitó el sombrero de hule y, gritando alegremente, saludó. Brillaba el hule al sol, y así continuó hasta que los perdió de vista Wálter. El barullo llegó á su mayor intensidad en el barco. Apartáronse otras dos ó tres lanchas saludando con aclamaciones. Largadas y henchidas las velas, recogieron la favorable brisa; cortó la proa las espumosas olas, y el *Hijo y Heredero* se puso en marcha con tanta rapidez como cualquier otro hijo y heredero de los que hayan ido en busca de fortuna por el mundo.

Á partir de aquel día no dejaron pasar ni uno, Salomón Gills y el capitán Cuttle, sin señalar juntos en el mapa el probable derrotero de Wálter. Cuando, dejandó la salita, subía el anciano al piso alto, desde donde á veces se oían los cañonazos disparados muy lejos en la mar, antes de recogerse á dormir, no dejaba de mirar las estrellas y escuchar el silbido del viento, permaneciendo allí como de guardia más tiempo de lo que hubiera estado como piloto de una nave. En cuanto á la última botella de madera, que había conocido los peligros de la navegación, siguió bajo la capa de polvo y de telas de araña, imperturbable.